

Creencia

Julio Moreno

1-Las vacilaciones frente a las bondades del creer

La problemática ligada a la creencia nos pone en relación con lo absoluto, con aquello que se cree por encima de cualquier duda y, al mismo tiempo, ante aquello de lo que se tendrá que liberar quien intente encontrar su propio pensamiento. Por ello las creencias suelen asociarse a esta vacilación: no es posible prescindir del creer, pero tampoco basarse exclusivamente en él. La valorización del papel de las creencias en nuestra relación con el mundo oscila también entre estas dos alternativas: un *creer* que funde un mojón certero que esté más allá de todo juicio, y un *no creer* que abra el camino a la verdad a través de la duda y el enjuiciamiento.

Sin duda, cuál de los polos de esa vacilación prepondere depende en mucho de circunstancias ligadas a la época, la cultura y la situación particular en que se encuentra cada quien. Por ejemplo, mientras que el *creer ciego* puede ser apreciado y hasta considerado imprescindible dentro de un régimen militar o de una secta, podría ser la perdición para un científico o para un detective

Algo muy similar sucede en un terreno donde el papel de las creencias es crucial: lo infantil. La credulidad, como veremos en el próximo capítulo, constituye un eje central del vínculo del niño con sus padres. Pero para el desarrollo "normal" del niño es tan importante que él crea como que hasta cierto grado también desconfíe de las afirmaciones de los adultos.

En la clínica con niños puede apreciarse la importancia de la presencia simultánea de esas dos actitudes aparentemente contrapuestas. Por ejemplo, es un signo de alarma en una primera consulta que un niño no muestre desconfianza de su psicólogo y entre como

una tromba al consultorio sin saber en verdad con qué se va a encontrar. Otro tanto sucede cuando el niño se comporta como si tuviera la certeza de que todo, excepto tal vez el regazo de su madre, puede ser peligroso para él.

2- Idea y Creencia

José de Ortega y Gasset dio un importante paso para ordenar los interrogantes sobre la creencia. En su libro "Ideas y Creencias" de 1940, diferencia las *ideas*, que se tienen, de las *creencias*, donde se es o se está. "De las ideas —dice Ortega— podemos decir que las producimos, las sostenemos, las discutimos, las propagamos, combatimos en su pro y hasta somos capaces de morir por ellas". En cambio de las creencias no podemos decir que las *tenemos*, sino que *contamos con* ellas, o que *vivimos en* ellas. "Constituyen —dice Ortega— el continente de nuestra vida... porque se confunden para nosotros con la realidad misma: son nuestro mundo y nuestro ser".

De modo que, según Ortega, mientras nos es posible desligarnos, combatir, atravesar o trocar una idea por otra, no podemos cambiar (o salirnos de) *las creencias que somos*, que constituyen los ejes vertebrales de la realidad del mundo que creemos habitar. Es lo que constituye un discurso. No hay, según el pensamiento pos moderno "fuera de discurso". En un sentido tal vez aún más radical, Wittgenstein afirmaba: "uno puede desconfiar de los sentidos propios, pero no de la creencia propia". Creencia que forja la realidad misma del que cree. Por otro lado, la certeza extrema paraliza el motor del pensamiento.

3- Las creencias sellan los puntos de inconsistencia

Tal vez ahora resulte algo más evidente el porqué de mi interés por este tema: las creencias suturan los puntos de inconsistencia del discurso en que vivimos y creemos. Puntos que nos interesan especialmente porque —como dijimos— son trazos privilegiados para la conexión y la cuna de verdades capaces de cuestionar lo establecido. Para el habitante de una situación, lo incuestionable está sostenido por creencias que constituyen a su vez los ejes vertebrales de su cuenta psíquica: puntos ciegos en los que una creencia hace aparecer lo que, sin ella, sería tanto inconsistente como incuestionable.

La cuestión de los orígenes constituye un capítulo especial dentro de los enigmas sellados por creencias. En rigor, de acuerdo con el pensamiento racional al que estamos habituados tras la influencia de las ideas de Leibniz, todo efecto es el resultado de causas. No es capaz de dar respuestas incuestionables o radicalmente originales acerca de un origen. Si somos fieles a su proceder, apenas decimos que el origen de A es B, surge la pregunta

por el origen de B, y así sucesivamente de modo inacabable. De tal modo que no habría creación de la nada ni, como decía Spinoza, que algo pudiera ser *causa de si mismo*, "causa sui" Un genuino origen debería en realidad ser un efecto sin causa, un hecho indeterminado, pero eso es tan aborrecido para el pensamiento clásico y determinista de Leibniz que prevaleció en la Modernidad y en que nos hemos formado, como lo era el vacío para Aristóteles.

La única *solución* al laberinto sin fin al que nos lanza el razonamiento causal es admitir la existencia de una causa última, no razonable, en la que simplemente se *crea*. En consecuencia, sólo es posible que los efectos y las causas clausuren sus territorios si partimos de creencias que, como axiomas, se sustraen del razonar. Por ello, los mitos del origen, aun cuando se proponen como una explicación, son en rigor veladuras de un vacío. En la clínica estos hechos se evidencian por la enorme perturbación que suele causar que alguien no pueda formular mitos que le sean creíbles y que funcionen como puntos de partida ciertos de una historización acerca de su propio origen (Berenstein, 1986).

4- La certeza

La certeza, un concepto estrechamente asociado al de creencia, implica un punto de detención del saber como movimiento continuo. Lo propio de la certeza es el rechazo a la cuestionabilidad. Por ello, el discurso científico, que se basa en la cuestionabilidad, funciona sobre la base del anhelo de que la dimensión de la creencia sea eliminada, pero eso es imposible para el pensamiento humano que todo lo cuestiona. Por ello, la existencia de parapetos indiscutibles fundados en la creencia es imprescindible para cualquier acto mental. Es que la interrogación sin fin implicaría un vértigo quizás enloquecedor que sólo las creencias, como axiomas o como puntos de partida, son capaces de detener. Resulta además de ello que el principio de realidad no es una construcción autónoma ya que se forma en base a las creencias imperantes en cada situación, propias del discurso que prevalece en la época. Si bien es cierto que *pensar* implica cuestionar lo establecido, como propone el discurso científico, también lo es que no existe pensamiento posible sin un punto de partida incuestionable; o sea, sin una creencia, sin un discurso que la haga incuestionable.

5- La lucha entre el saber y las creencias

La controversial relación entre saber y creer ha sido expresada desde hace mucho de diferentes maneras. En un tiempo, el litigio transitaba por el terreno de la fe religiosa concebida como opuesta al saber de la experiencia. San Anselmo, siguiendo a San Agustín,

afirmaba que “la fe requiere del entendimiento”. Con ello contrabalanceaba y se oponía al “a menos que creas no entenderás” de Isaías (VII, x 9). Esta contradicción, que atraviesa todo el pensamiento cristiano, llega al extremo en el apotegma de Tertuliano “creo *porque* es absurdo”, lo cual, bajo el modo de una oposición, logra con todo establecer una relación entre el saber y el creer y es coherente con el hecho de que en algún punto, a pesar de tener una correspondencia vacía, creer y saber podrían requerirse mutuamente.

En 1934, H. Price aludió a la relación entre creer y comprender de este modo: “Es imposible —dijo— creer y comprender *al mismo tiempo*”. Destaco “al mismo tiempo”, porque nos pondrá sobre una pista importante. Lo imposible sería justamente el tratar de que creer y comprender sean simultáneos. Pero podría tratarse de tiempos lógicos diferentes que se requieran mutuamente y estén encadenados. Si así fuese, como sugiero que es, el enunciado de San Anselmo (“la fe requiere del entendimiento”) señalaría una de las direcciones posibles de esa relación entre la lógica del creer y la del saber, y el de Isaías (“a menos que creas no entenderás”) el otro. El “creo porque es absurdo”, de Tertuliano, marcaría la frontera entre ambas direcciones.

No se trataría entonces de una simple dificultad del pensamiento o de la fe, tampoco del nivel de “objetividad” que ha alcanzado o no el conocimiento de los postulados que se ofrecen para ser creídos. Se trataría de que el corazón mismo del pensamiento humano consiste en el entramado de dos operaciones: *creer* predicamentos en los que se basa el conocimiento de la realidad; para que, en *otro tiempo lógico*, el del *comprender*, esas creencias puedan ser cuestionadas. Lo cual no es sino otro modo de decir que sólo desde un pensamiento que se presume consistente se puede señalar una inconsistencia. Es cierto que, como vimos en el capítulo 1, es distintivo del humano su capacidad de atravesar creencias, aun cuando crítica de las antiguas creencias no puede sino fundar otras nuevas.

6- ¿Qué determina en qué se cree?

Cómo se establecen las creencias depende de cada situación y fundamentalmente del discurso en base al cual se organizan los vínculos.

Podríamos, a grandes rasgos, distinguir tres de estos organizadores de la modalidad de creencia: 1) el discurso religioso o sagrado, 2) el discurso científico y 3) el discurso mediático. Si bien sería posible caracterizar una época histórica a partir de la preponderancia de cada uno de ellos, los tres pueden y suelen determinar, en distintas situaciones y dentro de una misma época -como por ejemplo la nuestra-, qué sustenta lo incuestionable.

El *discurso religioso*, implica que las verdades ya están reveladas a través de enunciados míticos originarios que están a cubierto de cualquier enjuiciamiento. Frente a esos

enunciados de lo ya dado, por más que se presenten (o no) como enigmáticos, sólo cabe creer.

Para el *discurso científico*, que tiene como base el reemplazo del creer por el saber, sólo es creíble lo verificable, lo que la razón y el cuestionamiento sistemático determinan como verdadero. Si bien no se lo dice abiertamente, el basamento de éste discurso es que existe la posibilidad de no creer y que ese es el verdadero camino para *descubrir* la verdad que estaba cubierta por mitos o creencias.

Además de los dos anteriores, en nuestros días toma fuerza otra forma de establecer lo incuestionable, un discurso al que podríamos llamar *mediático*. En él se cree lo que los medios anuncian y presentan —principalmente bajo la forma de imágenes— como existente. Tal vez ilustre acerca la presencia de este último discurso una pequeña anécdota ocurrida hace muy poco en mi consultorio. Con Martín, un paciente de 7 años, habíamos decidido comenzar a hacer una nueva historieta en base a un sistema que inventamos en el que cada uno de nosotros dibuja y hace el guión de uno de los personajes que interactúan en una historia imaginada por nosotros¹. Martín me pidió que fuese yo quién comenzara a dibujar. Inventé un personaje, lo dibujé y Martín me preguntó cómo se llamaba. Yo, le dije “Chinchán”, un nombre inventado por mí que podría tener —pensé— algo que ver con cosas de Martín. Entonces Martín me preguntó “Pero, ¿existe?”. “¿Cómo si existe”, le dije señalando el dibujo, “existe porque lo dibujé, ¿no ves?, es éste”. Entonces, Martín tuvo que explicarme qué quería él decir, ya que yo evidentemente no había comprendido su pregunta: “no, te pregunto si existe en la tele”, me aclaró. Para él existir es estar en la tele.

7- Dos planteos del origen de “todo”

Si cada predicamento se basa en creencias a las que critica para establecer nuevas creencias, el científico no debería escapar de eso. Ese es uno de los problemas con el que choca la ciencia cada vez que pretende establecer una *teoría general del universo*. Todo discurso que enuncia un saber presupone una creencia. La creencia implícita en el discurso científico es que se podría prescindir del creer.

Comparemos ahora dos versiones del origen del mundo, un tema que apasiona a los humanos desde siempre: ¿cómo comenzó todo lo que es?

La primer versión figura en el Antiguo Testamento. Es anónima y escrita² hace varios miles de años. La otra es más contemporánea, la escribieron en 1997 Stewart y Cohen

¹ Esto puede leerse en detalle en el Capítulo 10 del libro *El psicoanálisis Interrogado* (2016) de mi autoría.

² Del Antiguo Testamento, Génesis I: Orígenes del Mundo y de la Humanidad: I La creación y la Caída, (p 13).

inspirados en el trabajo de Stephen Hawking. Ambas intentan explicar cómo comenzó el universo en el que vivimos.

Primero la versión antigua. El universo, dice el *Génesis*, comenzó así:

“En el principio Dios creó los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba encima de las aguas...

“Dijo Dios: ‘Haya luz’, y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien, y apartó Dios la luz de la oscuridad; y llamó Dios a la luz ‘día’, y a la oscuridad ‘noche’. Y atardeció: día primero.

“Dijo Dios: ‘Haya un firmamento’ (...) Y Dios llamó al firmamento ‘cielos’. Y atardeció y amaneció: segundo día. (...) Dijo Dios: ‘Haya luceros en el firmamento celeste, para apartar el día de la noche, (...) para alumbrar sobre la tierra’. Y así fue. Hizo Dios los dos luceros mayores, el lucero grande para el dominio del día y el pequeño para el dominio de la noche, y las estrellas, y púsolos Dios en el firmamento para alumbrar sobre la tierra (...) y vio Dios que estaba bien.”

Ahora veamos la versión contemporánea y científica, de Stewart y Cohen:

Hace quince mil millones de años el universo no era mayor que el punto del final de esta oración. Una pequeñísima fracción de segundo antes (aunque en verdad no había tiempo antes que el universo comenzara, y sin tiempo no puede haber ‘antes’) no había espacio, tiempo ni materia. Cuando el espacio, que es coextensivo con el universo, creció hasta el tamaño de un punto, el tiempo ya había comenzado a transcurrir. La temperatura dentro del punto era demasiado alta para que la materia existiera, pero había radiación. El punto primario hervía de energía radiante.

En el primer duodecillon (10^{-39}) de un segundo de existencia, el universo fue un ‘falso vacío’, un estado de presión negativa en el que cada fragmento de espacio repelía a los demás. El espacio explotó exponencialmente, y en ese instante casi infinitesimal el universo se expandió de un pequeño puntito hasta una bola de muchos años luz de diámetro a medida que su presión negativa literalmente lo hacía estallar. A medida que la temperatura descendió, el falso vacío pasó a ser un verdadero vacío, un estado de presión cero, y la era de la inflación cesó. El universo, ahora suficientemente grande, continuó expandiéndose de acuerdo a su momentum, pero más calmamente, a razón de unos pocos kilómetros por segundo.³

³ Esta cita es de 1997, en 1999 se comenzó a sospechar, con fundamentos bastante sólidos, que la expansión del universo tiene aceleración positiva; o sea, su velocidad se incrementa sin cesar. Últimamente parece imponerse aún otra modificación: el Big-Bang sería en realidad sólo una de infinitas e incesantes explosiones de “creación de la nada” que siguen existiendo de la (Goth, 1997, Lemley, 2002; Hawking y Mlodinow, 2005). Además, la ola expansiva del Universo se traslada a una velocidad *mayor* que la de la luz por lo cual al borde de su avance ni siquiera podría ser visto por el humano. En realidad el universo se expande desde el Big Bang y lo sabemos porque hay galaxias o grupos de galaxias que se alejan constantemente. Pero, como el universo no tiene un centro o un lugar preferente tampoco es posible hablar de su un límite de él.



Cuando el tiempo transcurrido fue de un diezmilavo de segundo, la temperatura del universo descendió a cien millones de grados. Pares de partículas, una de materia, otra de antimateria, nacían y morían en cada instante de fluctuación de la energía radiante. La materia y la radiación tenían un perfecto balance. Sin embargo, el balance entre la materia y la antimateria no era tan perfecto. Por cada 999,999,999 antiprotones había 1,000,000,000 protones. Y de ese desbalance vino todo lo que conocemos.

Lector, con la mano en el corazón, ¿cuál de ambas versiones le resulta más creíble? En lo que a mí respecta, habitante de este siglo, me atrae más la segunda. Pero no tengo dudas de que en mi elección pesa el hecho de que la creencia que impregna mi pensamiento es la de que una explicación causal en términos de fuerzas físicas constatables es *la* explicación incuestionable. Esa es, como diría Ortega, la creencia en que vivo.

8- Nuestra pasión por explicar

De todos modos, aún sin tomar partido, habría que destacar varias cosas. Una, que en el lapso de los miles de años que transcurren entre ambas explicaciones acerca de cómo empezó todo lo que es, nadie se quedó callado. Miles de otras teorías y mitos hablaron, hablan y hablarán de nuestro origen, como si no hubiera lugar para el “no sé” o el “no soy apto para contestar estas cuestiones”. Otro hecho destacable es que las dos posturas no discuten entre sí. La razón es que parten de —y al mismo tiempo establecen— creencias profundamente diferentes. Tanto un científico digno como un religioso decoroso, supongo, se opondrían a argumentar siquiera sobre las “ridículas” aseveraciones de la teoría contrapuesta.

Lo cierto es que a los humanos no nos es posible no explicar lo que no entendemos. Así como nuestros cuerpos requieren agua, nuestras mentes necesitan *creer* que se entienden los orígenes. La versión del Génesis y la del Big-Bang se parecen en el hecho de que calman la incertidumbre de quienes habitan los tiempos en que predicán. Para que esa función central sea efectiva, es necesario que en cada situación se *crea* en esas explicaciones, lo que las habilita como parapetos a partir de los cuales se puede *pensar*.

No querría que precipitadamente me acusen de relativista y oscurantista. Es cierto que la versión Big-Bang es quizás más abierta a correcciones. Es decir, es más refutable, ya ha habido varias correcciones en los pocos años que separan la cita de *Figments* del momento en que escribo esto, por ejemplo las que figuran en la nota 2. También es cierto que hoy difícilmente se queme a quienes no sustentan la teoría del Big-Bang, como se solía hacer con los herejes que en el medioevo descreían de la versión Bíblica (aunque también es cierto que en estos tiempos contamos con otros medios de persuasión). Mi

punto es que, si bien los humanos podemos cambiar los contenidos de una creencia — hasta se puede pronosticar que todo “avance” de la teoría se producirá en base al cuestionamiento de sus puntos incuestionables—, no nos es posible prescindir de creencias.

9- El valor de la creencia en nuestra especie

El valor adaptativo de lo genético, que regula la evolución de todas las formas vivientes, ha sido en parte desplazado en nuestra especie por un sistema de transmisión y de acumulación transgeneracional de saber que cursa por un canal extrasomático: la cultura. Ahora bien, para que esa transmisión sea posible, los individuos deben en primera instancia *creer* en lo que se transmite. La cultura aporta así —en verdad, impone— como núcleos incuestionables puntos compartidos de partida para cualquier cuestión; y esos puntos de partida son los que sustentan la *realidad dada* en cada situación. Ese es un paso esencial en la formación la herramienta más poderosa que poseyera un ser viviente sobre nuestro planeta: la cultura humana.

Sin embargo, tal vez como contraparte, no contamos con un saber instintivo que nos permita, sin más, interactuar eficazmente con el mundo en que vivimos. Eso nos diferencia del resto de los seres vivos conocidos. Hay animales que nacen tan bien equipados para la vida por sus instintos que no necesitan de contacto alguno con sus padres —algunos, incluso con ningún congénere— para sobrevivir. Otros, requieren de sus progenitores sólo para modular o “poner a punto” la maquinaria instintiva con la que vienen provistos al nacer (el mecanismo *jukebox* que, como vimos en el capítulo 1 y veremos en los capítulos 9 y 10 también afecta al humano). Pero ninguno es comparable a nosotros en cuanto a la imposibilidad total de ser sin el aporte de la transmisión cultural.

Cierta mitología, para mi sin otro fundamento que el de sostener nuestra supuesta superioridad, supone que, en reemplazo de un bagaje instintivo eficaz, cada uno de los humanos hemos sido provistos con una inteligencia excepcional. Eso le permitiría —continuaría afirmando ese mito— que un sujeto, aún totalmente aislado de todo contacto con la cultura, por el hecho de estar provisto por tan prodigiosa inteligencia sería capaz por sí sólo de reconstruir los pasos dados en decenas de miles de años de acopio cultural. En verdad, los humanos no contamos ni con el saber instintivo natural de las avispas ni con una inteligencia que, sin el auxilio de la cultura, nos permita cubrir la brecha que nos separa de los seres autónomos.

Que yo sepa, no hay pruebas de que un humano aislado de su cultura —si es que a eso, de sobrevivir, podemos llamarlo humano— sea más inteligente que un chimpancé o

un delfín. Nuestra inteligencia no es tal si no cuenta con los parapetos en los que se cree, impuestos por la cultura.

10- Conocer y pensar

Decíamos que el pensamiento humano es crítico. Es decir, no parte de un hallazgo solitario sino, siempre, de alguna diferencia con lo establecido. Toda verdad lo es de una estructura a la que le señala su punto ciego, y las novedades radicales son tales sólo frente a una creencia establecida.

O sea, no hay revelaciones *ex nihilo*, ni emergentes de la nada, sólo las hay acerca de lo que *parece* —después— haber estado oculto tras las creencias y *descubierto* por la crítica. En realidad, esta última frase es una ficción. Por más que se piense que se trata de verdades *preexistentes* que “se descubren” o “develan”, es el proceso crítico al que aludimos quien las genera. La crítica, trabajando sobre la creencia a la que cuestiona, *produce* lo que previamente no existía. A ese proceso podríamos llamarlo *pensar*, para diferenciarlo, como lo hace Puget (2000), de *conocer*. Conocer no implica producir emergentes inexistentes, sino reconducir lo nuevo a lo conocido o explicar lo desconocido en términos de lo sabido. El pensar, en cambio, trabaja en el espacio entre la creencia y su crítica y es capaz de producir emergentes previamente inexistentes. Es decir *suplementa* (no complementa) lo existente y por ello es capaz de introducir heterogeneidades antes inexistentes.

De ahí que dos situaciones sean capaces de detener el proceso de *pensar*. Una, es que los enunciados originales inscriptos tengan tal fuerza, que la crítica a ellos no alcance a imponerse y prevalezca la opción de concebir todo en términos de enunciados conocidos e impuestos. La otra, es que los enunciados originales no tengan fuerza suficiente para ser convincentes y por lo tanto no haya a qué conmovier con una verdad. La primera tuvo su apogeo en los tiempos de la modernidad sólida, la segunda lo tiene en la modernidad líquida de nuestros días.

11- La paradoja de Moore

De modo que, aun cuando parezca bizarro, si quisiéramos describir algo así como la célula básica del pensamiento humano, deberíamos concebir la existencia simultánea de predicados en los que simultáneamente creemos y no creemos. Pero, ¿cómo formular el hecho de que se crea y se descrea algo al mismo tiempo sin que eso sea pura absurdidad?



La lógica formal descartaría de plano, por inconsistente o absurda, una afirmación de ese tipo. Pero existe un capítulo de la lógica que nos permitirá incursionar en este planteo: el de la *lógica modal*, que trata las *actitudes proposicionales*. Este tipo de proposiciones se arman a partir de verbos como *creer*, *desear*, *dudar* y, por lo tanto, contienen oraciones subordinadas, a las que Frege llamó oraciones *indirectas* u *oblicuas*.

Por ejemplo, la frase "creo que María es ladrona" está en rigor formada por dos proposiciones que tienen dos valores de verdad. Uno, no contradictorio, para "María es ladrona", y otro para el hecho de que sea o no verdad que yo crea en ello. Por lo tanto, el valor de verdad o falsedad de la frase "creo que María es ladrona", es difícil o imposible de precisar dentro de la lógica formal. Tal restricción se debe a la irrupción del hecho de la enunciación en un enunciado: la enunciación propone un valor de verdad y el enunciado otro, y ambos pueden no tener relación entre sí.

Fue G. E. Moore quien en 1925 observó que frases del tipo "Está lloviendo, pero no creo que sea así", aun cuando no son contradictorias, no pueden usarse para hacer aseveraciones coherentes. L. Wittgenstein se interesó en este planteo al que llamó "paradoja de Moore". La paradoja de Moore constituye uno de los puntos más debatidos dentro del ámbito de la lógica modal y de los interesados en el fenómeno de la creencia desde una perspectiva lógica. Suele formularse así: "*p*, pero no creo que *p*".

Donde "*p*" es cualquier proposición.

Algunos lógicos encuentran natural que alguien pueda afirmar algo sin creerlo. Otros, entre los que se encontraba el mismo Moore, consideran a la fórmula contradictoria o, en todo caso, absurda. El problema, como puede advertirse, apunta directamente a la controversial relación entre conocer y creer. Si se exige una estrecha relación entre ellos, la paradoja habla de algo absurdo o inaceptable. Si se acepta que puede no haber una correspondencia estrecha entre el conocer y el creer, la paradoja podría convertirse en algo más aceptable. Hablaría, en este segundo caso, del tránsito que estas cuestiones siguen en nuestras mentes.

Griffiths señaló en 1967 lo insólito del hecho de que los lógicos epistémicos se hubieran ocupado tanto de cuestiones de apariencia tan absurda. Según él, esto se debe a que los lógicos "tienden a hablar más del problema que a intentar resolverlo directamente". Mi opinión, sin embargo es otra. Pienso que de algún modo la insistencia que Griffiths señala se debe a que, en su aparente absurdidad, la paradoja de Moore expresa un nudo crucial de la problemática del desarrollo y de la diferencia del humano.



Julio Moreno: Médico y Doctor en Medicina. Posdoct del Institutes of Health en la UCLA, USA. Miembro Titular y en función didáctica de APdeBA. Codirector del departamento de Familia y Pareja de APdeBA. Autor de los libros *Ser Humano* (2002, Ed del Zorzal), *Tiempo y Trauma* (2010 Ed. Lugar), *La infancia y sus bordes* (2014, Ed. Paidós), *How we become human*, (2014), Rowman & Littlefield), *El Psicoanálisis Interrogado* (2016, Ed. Lugar) y *Elogio a Cierta Ignorancia* 2020 Ed Letra Viva. En el 2017 recibió el Premio Sigmund Freud Award por su contribución al psicoanálisis.

Resumen: Este artículo buscará profundizar acerca de la valorización del papel de las creencias en nuestra relación con el mundo y las vacilaciones frente a las bondades del creer. Se problematizará la lucha entre el saber y las creencias y el punto de partida que siempre es una creencia. Se cuestionará la calidad de su verdad objetiva. Según el autor, las creencias suturan los puntos de inconsistencia del discurso en que vivimos. Puntos que nos interesan especialmente porque son trazos privilegiados para la conexión y la cuna de verdades capaces de cuestionar lo establecido.

Descriptor: Creencias – Verdad – Certeza - Saber – Cultura.

Resumo: Este artigo buscará aprofundar a valorização do papel das crenças em nossa relação com o mundo e a hesitação diante dos benefícios de acreditar. A luta entre conhecimento e crenças e o ponto de partida que é sempre uma crença serão problematizados. A qualidade de sua verdade objetiva será questionada. Segundo o autor, as crenças suturam os pontos de inconsistência do discurso em que vivemos. Pontos que nos interessam sobretudo porque são linhas privilegiadas para a conexão e o berço de verdades capazes de questionar o estabelecido.

Descritores: Crenças - Verdade - Certeza - Conhecimento – Cultura.

Abstract: This article will seek to delve into the valorization of the role of beliefs in our relationship with the world and the hesitation in the face of the benefits of believing. The struggle between knowledge and beliefs and the starting point that is always a belief will be problematized. The quality of its objective truth will be questioned. According to the author, beliefs suture the points of inconsistency of the discourse in which we live. Points that interest us especially because they are privileged lines for the connection and the cradle of truths capable of questioning the established.

Descriptors: Beliefs - Truth - Certainty - Knowledge – Culture.

BIBLIOGRAFÍA

- Berenstein, I. (1996). Acerca de las convicciones. Actas del VIII Simposium y Congreso interno de APdeBA.
- Griffiths, A. P. (1962). Creencia. En *Conocimiento y creencia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Ortega y Gasset, J. (1940). Ideas y Creencias. En *Obras Completas*. Madrid: Alianza, 1983.
- Price, H. H. (1934). Algunas consideraciones sobre la creencia. En *Conocimiento y creencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Puget, J. (2000). Comunicación personal.
- San Anselmo, en *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora. Madrid: Alianza.
- Stewart, I. & Cohen, J. (1997). *Figments of reality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tertuliano, en *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora. Madrid: Alianza.
- Wittgenstein, L. (1953). *Philosophical Investigations*. New York: Macmillan.